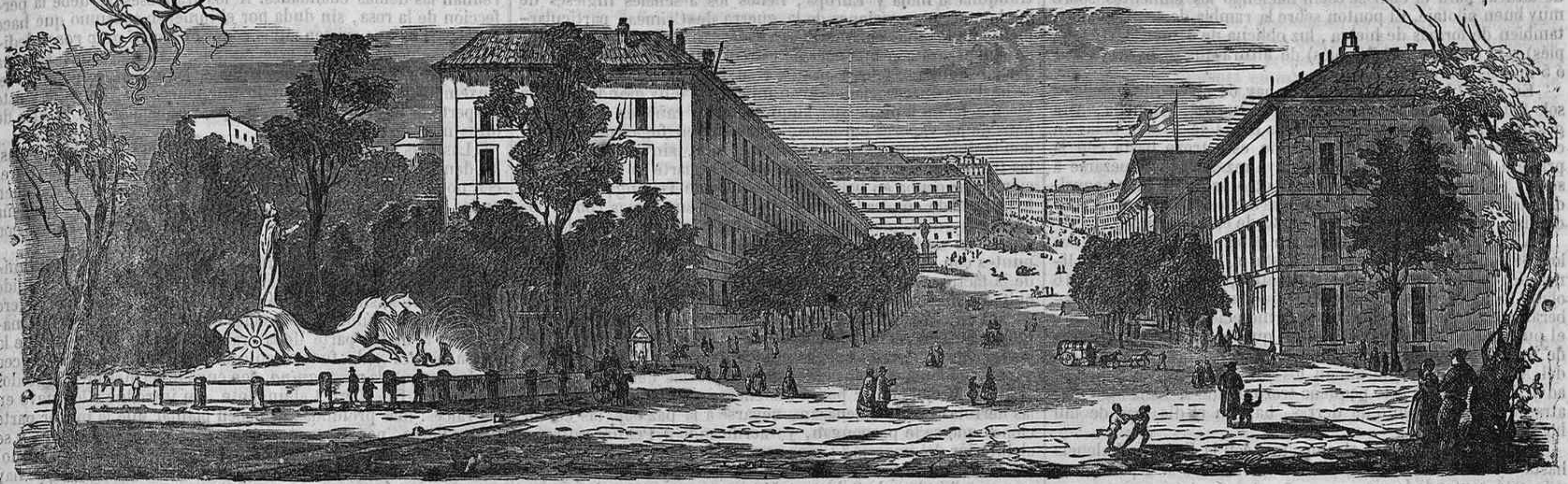


# La Ilustración



MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.  
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.  
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.  
 Número suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 530 rs.

NUM. 429.—TOMO IX.—LUNES 18 DE MAYO DE 1857.  
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.  
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

Ilustracion y Novedades en Madrid.	Edicion grande.	Mes 12.	Tres 34.	Seis 66.	Año 150.
	Edicion pequena.	8.	22.	42.	30.
Idem en provincias.	Edicion grande.	20.	50.	95.	180.
	Edicion pequena.	12.	30.	56.	110.

## REVISTA UNIVERSAL.

### NOTICIAS DEL INTERIOR.

**ESTADÍSTICA.** Durante el año último se han expendido 31.127,540 sellos para el franqueo de la correspondencia, cuyo importe ascendió á reales vellon, 15.040,863, y 54 céntimos.

El franqueo de periódicos produjo en el mismo período 398,127 rs. y 28 céntimos.

Unidas estas dos cantidades á 61,815 rs. y 36 céntimos cobrados por faltas reintegrables y rectificaciones de cuentas, tendremos la suma de 15.503.808 reales y 18 centimos, producto total del ramo de correos en 1856.

Segun un estado que publica la direccion general del Banco, el número de fincas rústicas y urbanas de que se ha incautado la Hacienda, á consecuencia de las leyes de 1.º de mayo, 11 de junio de 1856, asciende á 248,067 y á 366,540 los censos y foros que pueden ser redimidos.

La capitalizacion de unos y otros está valuada en reales vellon 2,699,587,467, y el importe que podrán dejar al Tesoro, tomando por tipo el resultado de las ventas realizadas, puede calcularse en 5.011.661,292 rs.

**NOTICIAS MILITARES.** *Reemplazo.*—Del escalon que acaba de publicar la direccion general de infanteria, tomamos los siguientes datos referentes á los jefes y oficiales que tiene hoy dicho arma, clasificados en la forma siguiente:

Colocados en cuerpos y comisiones activas.

Cincoent y un coroneles, 78 tenientes coroneles, 196 primeros comandantes, 327 segundos comandantes, 1,636 capitanes, 1,766 tenientes, 814 subtenientes.

En situacion de reemplazo: 34 coroneles, 55 tenientes coroneles, 83 primeros comandantes, 453 segundos comandantes, 67 capitanes.

Total: 85 coroneles, 130 tenientes coroneles, 279 primeros comandantes, 780 segundos comandantes, 1,703 capitanes, 1,776 tenientes, 814 subtenientes.

**FERRO-CARRILES.** *De Alicante á Almansa.*—Hé aquí una descripcion circunstanciada de esta via que muy luego se abrirá al servicio público, poniendo la capital del reino á siete horas de nuestras costas de Levante:

La estension total de la línea desde Alicante á Almansa son 96 kilómetros, 500 metros (17

leguas y 1/3); de estos recorren actualmente las máquinas para el acarreo de materiales 31 kilómetros (5 y 1/2 leguas) enteramente concluidos y en estado de explotacion, y sigue sentándose via sin obstáculo de ninguna especie, como se hace en 4 kilómetros (cerca de tres cuartos de legua) mas, que forman un total de 35 kilómetros (6 leguas 1/4), en los cuales

hay entre alcantarillas, pontones, targeas, etc., etc. 95 obras de arte todas completamente concluidas, de las cuales vamos á enumerar algunas de las mas principales por su orden, á contar desde la estacion de esta ciudad.

En el primer kilómetro se encuentran los dos pontones del Cónsul y San Blas, de formas de madera con pilares de mamposteria, ambos oblicuos, y el segundo con una luz de 5,20 (18 1/2 piés.)

A los 10 kilómetros se halla el puente de la Cañada de tres tramos de ocho metros (28 piés 8 pulgadas) de luz cada uno, de formas de hierro y piso de madera.

A los 14 kilómetros está el puente de Verlegas de cuatro tramos de á 6 metros (26 1/2 piés) de luz de formas tambien de hierro y piso entablonado.

A los 16 kilómetros se encuentra la rambla de Salt de Lillot que se salva por medio de un puente de tres arcos rebajados al tercio de 24 piés de luz y bóvedas de ladrillo con asistones de silleria.

A los 28 kilómetros es atravesada la rambla de Plá por un ponton 5,30 (19 piés) de luz de arcos rebajado (Carpnel) de 11 centros, todo de silleria perfectamente construido igual en su forma á los del célebre puente Neuilly sobre el Sena.

A los 32 kilómetros se halla la rambla llamada de las Salinetas cruzadas por un ponton oblicuo de 7 metros (25 piés) de luz con una altura de 15 metros (cerca de 54 piés) hecho de silleria.

A los 33 kilómetros, está la rambla llamada del Batech, que se salva con un ponton de 5,5 metros (19 1/2 piés) de luz que aunque de poca altura se halla cargado con un terraplen de 15,5 metros (20 piés); su construccion es de ladrillo con aristones y cadenas de silleria.

Siguen á estas obras algunos desmontes de consideracion hasta llegar á los 35 kilómetros donde se encuentra la rambla de Nobelda, que será atravesada por un puente de formas tubulares, para el cual se halla construido uno de los estribos de la extraordinaria altura de 21 metros (86 piés); y para el otro está haciéndose el hormigon del cimientito, dejando entre los dos un claro ó luz de 30 metros (107 1/2 piés).

En los 7 kilómetros que se cuentan hasta la salida del túnel situado á corta distancia de Elda, y completamente concluido á escepcion de las portadas, con una longitud de 300 metros (1,794 piés), que es el mayor construido hasta ahora en Espa-



El príncipe Jorge Bibesco.



## TORNEOS ANTIGUOS.

Hé aquí las ordenanzas que para esta clase de espectáculos mandó hacer D. Alonso XI, único escrito donde se consignaron las reglas que deben observarse y que antes de este tiempo se observaban solo por tradición.

## ORDENAMIENTO DEL TORNEO.

Este es el ordenamiento del torneo, que declara sobre qué cosas se ha de tomar juramento á los caballeros del torneo, y qué son las cosas que han de hacer los fieles.

Lo primero es que los fieles han de catar las espadas que non las traigan agudas en el tajo ni en las puntas, sino que sean romas, y tambien que non traigan agudos los arcos de las capelinas, et tomar juramento á todos que no den con ellas de punta en ninguna guisa, ni de revés al rostro, et que si á alguno se le cayese la capelina ó el yelmo que non le den golpes hasta que la ponga, et que si alguno cayere en tierra que non le atropellen. E hánles de decir los fieles que comiencen el torneo cuando tañeren las trompetas et los atabales, et cuando oyeren tañer el añafil, que se liren á fuera et se recojan cada uno á su parte.

Et si el torneo fuere grande de muchos caballeros en que haya pendones de cada parte, é si oviesen de trovar los caballeros los unos de los otros para se derribar de los caballos: que los caballos de los caballeros que fueron ganados de la una parte et de la otra, é llevados adonde estuviesen los pendones, que non sean dados á los caballeros que los perdiesen hasta que el torneo sea pasado. E desde que sea pasado el torneo, hanse de ayuntar todos los fieles, y con lo que vieren y preguntando á caballeros, é escuderos, et doncellas, de las que mejor lo pudiesen ver, escojan un caballero de los de una parte, é otro caballero de la otra; cuales lo fueren mejor, et ovieron la mejoría del torneo, é aquellos den el prez et la honra dello: é en señal desto que lleven dos de los fieles sendas joyas de parte de las doncellas y dueñas que ay se hallasen para estos dos caballeros escogidos como dicho es. Essi fuere el torneo de treinta caballeros ayuso, que haya cuatro fieles; dos de la una parte é otros dos fieles de la otra. E si fuere de cincuenta caballeros é dende arriba que sean ocho fieles de la una parte, et otros ocho de la otra: et si fuere el torneo de cien caballeros ó mas, que sean doce fieles de la una parte y otros doce de la otra.

## ORDENAMIENTO DE LA JUSTA.

Primeramente que fagan cuatro venidas los que justaren et no mas; et si en estas cuatro venidas el un caballero quebrase una hasta en el otro caballero, é el otro non quebrase ninguna en él, que haya la mejoría el que la quebrase; et si quebrase el uno dos hastas, é el otro non mas de una, que haya la mejoría el que quebró las dos; pero si el que quebrase la una, derribase el yelmo al otro caballero del golpe que le dió, que sea igualado con el que quebró dos hastas. E otrosí, si algun caballero quebrase dos hastas en algun caballero, y este en quien fueron quebradas las hastas derriba el caballero que las quebró en él, aunque non quiebre el hasta, que sea igualado con el que quebró las dos hastas, et aunque le den mas loor. Et si un caballero derribase á otro, et á su caballo, et el otro derribase á ese sin su caballo, que haya la mejoría el caballero que cayó el caballo con él, porque parece que fué la culpa del caballo, et non del caballero, é el que cayó sin caer el caballo con él, fué la culpa del caballero, et non del caballo. Otrosí ninguna de las varas ó hastas quebradas non sean juzgadas por quebradas quebradas atravesadas; salvo quebrándolas de encuentro de golpe. E si en estas cuatro venidas no se pueden dar golpe, que juzguen que non hobieron buen acaescimiento. E si se cayese la lanza á alguno yendo por la carrera ante de los golpes, que el otro caballero alce la vara, et non le encuentre con ella, ca non haría caballería ferir al que non lleva lanza.

E para juzgar todo esto que haya dos fieles: é estos dos preguntando á caballeros é escuderos, et á dueñas et á doncellas que allí estuvieron para mejor juzgar con que ellos vieren: et con lo que estos dijeren así juzgarán estas cosas como aquí está dicho. E despues que las justas fuesen acabadas, que los fieles que allí estuvieron pregunten á los caballeros, escuderos, et dueñas, et doncellas que se hallaren presentes, los que mejor lo pudieron ver, quién fueron los que mejor lo hicieron, et con acuerdo dellos el caballero de los de las tablas que fuere hallado le var la mejoría de la justa, que le sea dada una joya en galardón de los caballeros de la ventura, porque el que fuere hallado entre ellos haber llevado la mejoría, que los caballeros de la tabla le den otra joya en galardón como hicieron los de la aventura al que llevó la honra de la tabla.

## JUSTAS Y TORNEOS.

Como en los primeros tiempos la victoria en los combates dependía de la mayor ó menor fuerza en el brazo y la mas diestra acometida, era preciso que los guerreros ejercitaran en la paz varios ejercicios que les dieran la aptitud necesaria para no ser vencidos en la pelea: y de aquí provino que se adoptaran estas luchas parciales que convenian perfectamente al objeto que apetecian. Mas adelante se celebraron en determinadas ocasiones de público regocijo, como en las coronaciones, y desde entonces quedaron ya establecidas como la primera y mas notable diversion de la corte.

Cuando llegaron ya á esta altura, se clasificaron segun la diversidad de combatiendo, y mayor ó menor pombo del espectáculo: se dividieron en torneos, justas ó lid ó paso.

Los torneos eran un combate de muchos contra muchos, y solian ser de 15 contra 15, de 20 á 20, y algunas veces de 100 contra 100, como sucedió en las fiestas que se celebraron en Zaragoza con motivo de la coronación del buen infante de Antequer. Se peleaba en ellos á pié ó á caballo, en liza ó en campo abierto, y con variedad de armaduras y de formas; pero lo mas regular era la pelea de á caballo. Los que defendían el torneo ó provocaban el combate se llamaban *mantenedores*, y los que se presentaban para la lucha *aventureros*. La forma en que se verificaba este espectáculo era la siguiente:

Formado el palenque, se levantaba un tablado donde se situaban los jueces, á cuyos piés se colocaban los heraldos, atabales y añafileros; á la izquierda de este tablado se levantaba una tienda donde se encontraban los mantenedores con sus criados, caballos y todos los útiles necesarios para el combate. A la derecha habia otra tienda donde se hallaban preparados caballos y armaduras para los aventureros que quisieran escogerlas y dejar las que traían. Llegada la hora, los jueces reconocian el campo escrupulosamente, observando si habia algun artificio en que pudiesen tropezar los aventureros, y asegurados de que todo estaba á buena ley, se trasladaban á sus asientos y hacian pregonar un edicto asegurando el campo á todos los que se presentasen, cuya seguridad era tambien confirmada por uno de los primeros magnates, que se constituia en defensor de todo aventurero que entrara en la lid, prometiendo que nadie le ofenderia. Hecho esto, sonaban los atabales y añafiles y los combatientes se colocaban en sus puestos, y á una señal de los jueces, decian los heraldos: «Id, id, cumplid vuestro deber», y partian los campeones á encontrarse. Despues de concluido el torneo, se procedia á la ejecucion de los premios en los términos que senalaban las ordenanzas que hemos publicado.

Algunas veces no se conocia mas que el número de mantenedores que se disponian á combatir con todos los aventureros que llegasen, y entonces solian esperar en la tienda á que fueran presentándose; y si se decidian á admitir tod clase de combate, colocaban una adarga á la puerta de la tienda, y los aventureros la tocaban con el asta de la lanza si la pelea habia de ser sencilla, y con el hierro si era á muerte.

Por la regular los que acompañaban á los mantenedores llevaban sus mismos colores en penachos y mantillas y los mismos adornos en la vestidura, vistiendo tambien de forma enteramente igual todos los criados; y si los aventureros se dividian en cuadrillas adoptaban los colores del jefe de cada una de ellas. Pero lo que era libre y en lo que se reconocian reglas uniformes, era en las empresas de los escudos, que cada cual adoptaba á placer, y que servian para dar á conocer el mayor ó menor ingenio y las mas relevantes prendas de las hermosas á quienes rendian vasallaje.

Estas fiestas llamaban tanto la atencion de la corte, que los monarcas procuraban darlas el posible esplendor, y no solo concurrían á ellas con todo su séquito, sino que tambien tomaban parte activa en ellas. Las crónicas nos refieren que don Pedro justó en un torneo que se celebró en Torrijos en 1583, habiendo salido herido en la mano derecha: y que D. Juan II se presentó como aventurero en las célebres justas que dispuso en Valladolid el tan nombrado condestable D. Alvaro de Luna.

La justa era un combate parcial que no necesitaba ni tanto aparato, ni tan excesivos gastos. El que deseaba justarse ponía una señal en su ropilla, ya sea una cinta recibida de la bella mano que le tenia encañenado, ya una flor desprendida de su tocado ú otro cualquier distintivo, y los que querian poner á prueba el valor de aquel brazo, tocaban la señal y quedaba aceptado el combate. Arregladas las condiciones se designaba el campo, y rodeándolo con una tela, se empezaba la pelea, sin emplearse las grandes ceremonias que se usaban en los torneos. Esta clase de ejercicios era muy general, porque las damas graduaban el mérito de sus adoradores por el número de triunfos, y como dice un célebre escritor, entonces no se podia ser enamorado sin ser valiente, y nadie podia ser cobarde sin el riesgo de ser infeliz y desgraciado.

El mismo origen tuvieron los *pasos*, que servian para hacer público alarde de valentía, de generosidad y de magnificencia. El que determinaba sostenerlo fijaba su permanencia en un camino real, y no permitía que pasara por allí caballero á quien se hubiera ceñido espada con las solemnidades de costumbre, sin que confesara que la señora de quien era humilde súbdito era la mas hermosa y la mas galante; y en caso que no se prestara á hacer la declaración que se le exigia tenia que dejar la espuela derecha, que se colocaba en un paño colgado en un tablado donde se situaban los jueces, y no se le devolvía hasta que rompía tres lanzas con el que defendía el *paso*, ó con alguno de los que formaban su partida: si pasaba alguna dama se veia precisada á dejar el guante de la mano derecha, hasta que se presentaba algun caballero á rescatarle. Estos *pasos* solian durar quince, veinte y aun treinta dias, y todos los gastos corrian por cuenta del principal mantenedor, que procuraba desplegar toda la magnificencia y lujo posibles, y muchas veces se enviaban heraldos con los carteles de desafío á las naciones extranjeras.

El célebre *paso* sostenido por D. Beltran de la Cueva en tiempo de Enrique IV en el sitio que ocupa la puerta de Hierro en Madrid, fué causa de que se funda á el monasterio de los Gerónimos. Pero el mas notable, el mas digno de llamar la atencion por la variedad de lances que ocurrieron y por la multitud de lanzas que rompieron, fué el que sostuvo Suero de Quiñones en Orbigo, cuya relacion, escrita por un cronista especial, se considera como un documento digno de atencion, y que sirve para hacernos conocer las costumbres de aquella época. Cervantes colocó á D. Quijote algunas veces en situacion igual á la de estos paladines.

## IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA.

Así como la abundancia anima al trabajo humano, la agricultura influye mas que otro cual quiera agente en el aumento de este, y en aumentar tambien los medios de ocupar los hombres. En prueba de esto, basta citar la autoridad del economista mas eminente que tuvo la Inglaterra, Adam Smith, el que dice: Que ningun capital puesto en movimiento produce una cantidad mayor de trabajo *productivo* que el del labrador. No solamente los mozos de labranza, sino los ganados que en ella se emplean, son trabajadores productivos. En agricultura, la naturaleza trabaja lo mismo que el hombre; y aunque su trabajo no cuesta desembolsos, sus resultados tienen un valor como lo tiene el trabajador mas caro. Las operaciones mas importantes de la agricultura no parece que conspiran tanto á aumentar cuanto á dirigir la fertilidad natural á la produccion de las plantas mas útiles al hombre. Un campo cubierto de zarzas y matorrales puede producir una cantidad tan grande de vegetales como la viña ó el campo de trigo mejor cultivado. La

plantacion y el laboreo mas bien arreglan que animan la activa fertilidad natural; y así se vé que despues de todas las faenas, siempre esta tiene que hacer lo principal. Sin embargo, los gañanes y el ganado que se emplean en los trabajos campesinos, así como los artesanos no solo son los que causan la produccion de un valor igual al que ellos consumen, ó sease al capital que ellos emplean juntamente con sus ganancias, sino otro mucho mayor. El capital empleado en la agricultura, añade el mismo escritor, no pone en movimiento cantidad mas grande de trabajo productivo que lo hace otro igual empleado en las artes, sino que en proporcion á la cantidad del trabajo que consume, aumenta en mayor precio el producto anual de la tierra y del trabajo del país á la verdadera riqueza y á las rentas de los habitantes. En ningun objeto se puede emplear un capital que sea mas lucrativo á la sociedad que en la agricultura.»

Algunos escritores han calculado en la mitad de la poblacion el número de los que en Francia é Inglaterra se emplean en esta, en la tercera, y ninguno la computa en menos de la cuarta. Séase de esto lo que quiera, lo cierto es que el número de los labradores excede en todas partes al de los artesanos y menestrales, y al de los que se ocupan en los demás oficios. El que la agricultura da empleo á tantas gentes, deberá excitar los deseos de todos hácia su mejora. Prescindiendo de las gentes que la labranza ocupa en sus operaciones, ella facilita á otras medios de trabajar en grado superior á las artes; porque además de influir en la duracion de la vida, facilita una mayor demanda de artículos de primera necesidad que son artificiales; de consiguiente, proporciona de un modo indirecto mayor ocupacion á los artesanos que en otra cualquiera profesion. La agricultura no solamente es el manantial del trabajo, sino que cuando florece le asegura mejor que otro agente. Las manufacturas y el comercio, por mas brillantes que se encuentren, no se arraigan de un modo permanente en las naciones. Las contribuciones, las discordias civiles, las guerras y otras mil cosas, logran detener su curso, aminorarlos y privar á los habitantes de los medios de ocuparse. De esto hay ejemplos mas señalados en las naciones comerciales, á las cuales en el dia solo les queda el nombre. Cuando los capitales se invierten en el cultivo directo de las tierras no solo se facilita ocupacion abundante á los presentes, sino que se facilita á los venideros. Los Países Bajos lo demuestran ostensiblemente.

## La última conversacion científica de Newton.

A la edad de ochenta y tres años, Newton se retiró á Kensington cerca de Londres, para restablecerse de las resacas de una fluxion de pecho y de un ataque de gota que habia quebrantado enteramente su salud durante el invierno de 1725. El domingo 7 de marzo, teniendo las ideas mas lucidas y la memoria en mejor estado que no la habia tenido hacia mucho tiempo, entró en una larga conversacion con su amigo Conduitt, el cual nos la ha conservado:

«Creo, dijo, que se operan como especies de revoluciones en los astros; los efluvios que se escapan del sol pueden precipitarse como el agua y reunirse para formar un cuerpo que forme entonces un satélite y dé vueltas en torno del planeta, y añadiéndose mayor cantidad de materia puede trasformarse este satélite en un planeta principal, y aun en un cometa: este, describiendo repetidas veces su órbita, condensa su propia materia acercándose mas y mas al sol, y como este por su parte se aniquila sin cesar emitiendo calor y luz, el cometa acaba por reunirse con él llenándole y suministrándole un nuevo alimento como un hacedillo de leña echado en una hoguera. Tarde ó temprano el cometa de 1680 producirá este efecto, porque las observaciones que se han hecho sobre este astro prueban que al acercarse al sol tenia dos ó tres grados de longitud; pero á beneficio del calor que fué adquiriendo cuando se aproximaba al sol, la cola se alargó hasta el punto de llegar á treinta ó cuarenta grados de longitud. No puedo decir, añadió, en qué tiempo se precipitará en el sol este cometa; acaso recorrerá su órbita cinco ó seis veces mas todavía; pero si esto sucede, el calor del sol será tan grande que se recalentará el suelo hasta el punto que ningun sér viviente podrá existir en su superficie. No puedo explicarme de otro modo las apariciones de nuevas estrellas que debemos á Hiparco, Ticho-Brahé y los discípulos de Kleber, porque estas no son mas que soles que alumbran á otros planetas. Se ha visto á estas estrellas rivalizar en brillo con Mercurio y Venus, luego disminuyen durante diez y seis meses, y por último desaparecen enteramente.

«No dudo que haya séres de una inteligencia superior presidiendo á las revoluciones de los astros bajo la direccion del Ser Supremo. El hombre habita en la tierra desde hace poco tiempo, y la prueba es que las artes, la navegacion, la pintura y la brújula, son invenciones que no datan mas allá de los tiempos históricos, lo que no sucederia así siendo la tierra eterna. Además su superficie conservaria otras señales de destruccion de las que pueden atribuirse á la accion de las aguas.»

Habiéndole preguntado Conduitt de qué manera podia volverse á poblar la tierra si llegase á sufrir la suerte de que se hallaba amenazada por el cometa de 1680, respondió: «Eso no podria suceder sin la intervencion del Criador.» Creia que todos los planetas se componian como la tierra, de tierra, agua, piedras etc., pero en proporciones diferentes. Preguntándole Conduitt por qué no habia dado á conocer sus ideas presentándolas como congeturas mas ó menos probables, puesto que él mismo habia reconocido el acierto de las de Klepero, respondió: «No doy importancia ninguna á las congeturas.» Conduitt insistió y le recordó las cuatro vueltas del cometa de 1680, á saber: la primera en tiempo de Julio César, la segunda reinando el emperador Justiniano, la tercera en 1496 y la cuarta en 1680, haciéndole observar que él mismo habia dicho en sus *Principios* al hablar de este cometa. «*Incident in corpus solis: caer* sobre la masa del sol,» y en el párrafo siguiente: «*Stella fixa referri possunt*: las estrellas fijas pueden regenerarse.» Frases que manifiestan precisamente la opinion que acaba de emitir, esto es, que el cometa acabaria por precipitarse en el sol, y que podia muy bien afinar del sol lo que habia dicho de las estrellas. «Consiste, respondió, en que eso nos toca mas de cerca, y con lo que he dicho hay suficiente para que se conozca mi opinion sobre este punto.»

LA PALOMA Y LOS HALCONES.

LEYENDA ORIGINAL

DE D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Conclusion.)

Después de una hora de penosísima marcha, llegamos á la cima del monte. Deseosos de gozar de un golpe del espectáculo que no dudábamos se ofreceri á la vista allí, habíamos cuidado de caminar con la vista inclinada al suelo hasta llegar á la ermita, donde á una señal dada por uno de los expedicionarios debíamos alzarla, y dirigirla al inmenso horizonte que íbamos á contemplar.

—¡A la una! dijo uno de nuestros compañeros, ¡a las dos! ¡a las tres!

Un grito de placer y de sorpresa se escapó del labio de todos.

Era magnífico, era indescriptible, lo que veían nuestros ojos.

Permanecimos allí muchas horas estáticos, embelesados, deseando que el día durara un año; y cuando el sol se iba escondiendo tras los picos de Soba, emprendimos el descenso de la montaña, rodando unas veces, y otras apoyándonos con dificultad en nuestras estacas ó en los arbolitos que orillaban el camino.

Tristes imaginaciones habían turbado el sueño de Lope Sanchez desde el día en que recibió un pliego, en el cual su leal amigo Gonzalo Perez de Edillo le decía que su enemigo había jurado tomar en él venganza si conseguía descubrir su paradero, y le encargaba con encarecimiento no abandonase por entonces aquel retiro, el mas seguro para huir de las pesquisas del de Haro.

El señor de Bortedo era el avaro que teme la muerte, no porque le separasen de la vida, sino porque le separaran de su tesoro: su tesoro era su hija. El día se hallaba cercano cuando el sueño cerró sus párpados y los de Sancha que en vano había procurado ahuyentar de la imaginación de su padre los temores que acerca de la seguridad de ambos le asaltaban con frecuencia.

Los ladridos de un perro que acompañaba siempre al ermitaño hicieron despertar á Lope Sanchez. El anciano anacoreta se hallaba en la ermita entregado á la oración matutina. Asomóse Lope Sanchez bastante sobresaltado á la única ventana que la habitación del ermitaño tenía. El sol mostraba sus primeros rayos allá sobre los lejanos Pirineos y con dificultad se distinguía á través de la espesa niebla que como un turbante morisco envolvía la cabeza del monte coronado por el templo cristiano.

Como redoblara el perro sus ladridos, dirigió Lope la vista hacia el pendiente sendero que bajaba á la aldea de Edillo, cual si quisiera apartar con ella la niebla que ocultaba los objetos. Poco á poco se fueron habituando sus ojos á aquellos densos vapores, y entonces descubrió, no sin experimentar un terror indescriptible, porción de soldados que trepaban á la cumbre, y en medio de ellos vió un caballero en quien reconoció á D. Lope Diaz de Haro.

El señor de Bortedo quiso despertar á su hija para huir con ella por aquellas salvajes soledades; pero se detuvo considerando que á ambos serian pasto de las fieras si á aquella fuga apelaban, y que esperando al de Haro solo su vida corría riesgo; no la de su hija que era la que mas le importaba. Así, pues, se decidió á salir al encuentro de su enemigo para morir como caballero que era.

Sancha seguía durmiendo; pero su sueño era fatigoso y desigual. Paróse Lope á contemplarla ¡quizá por última vez! y las lágrimas se agolparon á sus ojos al fijarlos en las pálidas mejillas de S n ha un tiempo tan sonrosadas y frescas. El desventurado padre selló con un beso ardiente y prolongado los labios de la doncella, que se estremeció al sentir aquel contacto; y salió en efecto al encuentro de su enemigo.

De victoria en victoria, de conquista en conquista, de triunfo en triunfo, habia llegado el de Haro á la cumbre de San Sebastian de Colisa: habia experimentado todas las satisfacciones del caudillo, y hasta habia cesado el ostrismo de su padre, que durante mucho tiempo habia torturado su alma, y no obstante, la tristeza del alma se veia pintada en su rostro.

Era que al noble mancebo faltaba la mayor de las felicidades, sin la cual la vida le era una carga insoportable; era que hacia mucho no veia á Sancha, y hasta habia perdido la esperanza de ver realizada su union con ella.

—Aquí tenéis mi vida, le dijo el de Bortedo encaminándose hacia él con arrogancia, poniendo mano á la espada. Aquí tenéis mi vida, repitió; derramad mi sangre, pues os aseguro que no lo hareis sin que corra la vuestra ó la de vuestros verdugos. Hubiéraisme matado en los campos de Rétola cuando la suerte puso en vuestras manos mi vida; mas vive Dios que es hazaña harto ruin la de venir á matar á un viejo cuando se halla casi inerme y no tiene á su lado siquiera un hombre que

—Con vuestros brazos.

—¡Con mis brazos y mi alma! exclamó el de Bortedo.

Y ambos caballeros se confundieron en un estrecho abrazo. —Mi vida, añadió Lope Sanchez, es mezquino premio á vuestra generosidad. ¿Hay en el mundo recompensa que mas pueda agradaros?

Sancha, cuyo sueño abuyentaba la voz de su padre y la de su amado, se asomó en aquel instante á la ventana de su misera estancia y prorumpió en una exclamacion de alegría y sorpresa.

D. Lope Diaz se estremeció de amor y de placer al oír aquella exclamacion y estuvo a punto de contestar afirmativamente al de Bortedo; pero como sabia cuán penoso era el sacrificio que este iba á exigir, quiso sacrificarse á sí propio, quiso sacrificar para siempre su dicha, quiso llevar su generosidad hasta el extremo, que no era él de esos hombres que solo saben ser generosos á medias.

—Vuestra amistad me basta, respondió al de Bortedo, que no me ha conducido aquí el deseo de labrar mi dicha, sino el deseo de labrar la vuestra.

Lope Sanchez comprendió su abnegacion y no quiso ser menos generoso que él.

—¡D. Lope! dijo, poseo una prenda que estimo en mucho mas que mi vida, y esa prenda quisiera daros si para vosotros tiene el mismo valor que para mí tiene.

Y como reparase en la banda que ceñia el pecho del mancebo, si bien este habia procurado ocultarla con el peto, añadió:

—Que esa banda sea el lazo que una de hoy mas á la familia de Haro y á la de Bortedo.

—Admito con eterno agradecimiento esa alianza, contestó D. Lope Diaz loco de alegría; pero si la felicidad que me ofrecéis destruye la vuestra, no la acepto, D. Lope. Si algo me debais estoy completamente satisfecho con vuestro ofrecimiento.

El señor de Bortedo no prestó atención á las últimas palabras del mancebo, pues echó á correr hacia la ermita, gritando:

—¡Sancha! ¡Sancha! La doncella salió á su encuentro abatida, inquieta y temerosa por su incertidumbre acerca del término de aquella escena; pero al ver la alegría en el rostro de su padre se reanimaron su espíritu y sus fuerzas y corrió á lanzarse á los brazos de aquel.

—Hija mia, la dijo Lope Sanchez, ya no eres en este mundo el único sér á quien puedo estrechar contra mi seno. De hoy mas dividiré mi amor entre mi hija y el generoso mancebo que nos contempla.

XXVI.

LA NOCHE DE BODAS.

Reina una estraña animación en el castillo de Bortedo; pero no la motivan la aglomeracion de gente de armas de que alguna vez le vimeo henchido. En uno de sus salones resuenan músicas y cantares, y todo demuestra que algún

fausto acontecimiento se celebra en aquella sombría fortaleza. Varios servidores del señor de Bortedo y del de Haro desocupan sendos jarros de vino y disputan acaloradamente en una de las estancias que preceden al salon en que la fiesta se verifica. Oigamos sus animadas pláticas, que ellas nos dirán quizá algo que pueda interesarnos.

—Digo y repito, que Noé fué el santo mas santo que en el mundo ha habido, exclama Fortuño dando una puñada en la mesa que rodean él y sus compañeros. *Semper laus ejus in ore meo*, que significa en romance: aunque me pongan una mordaza en la boca, le alabaré siempre, y seguiré en mis trece.

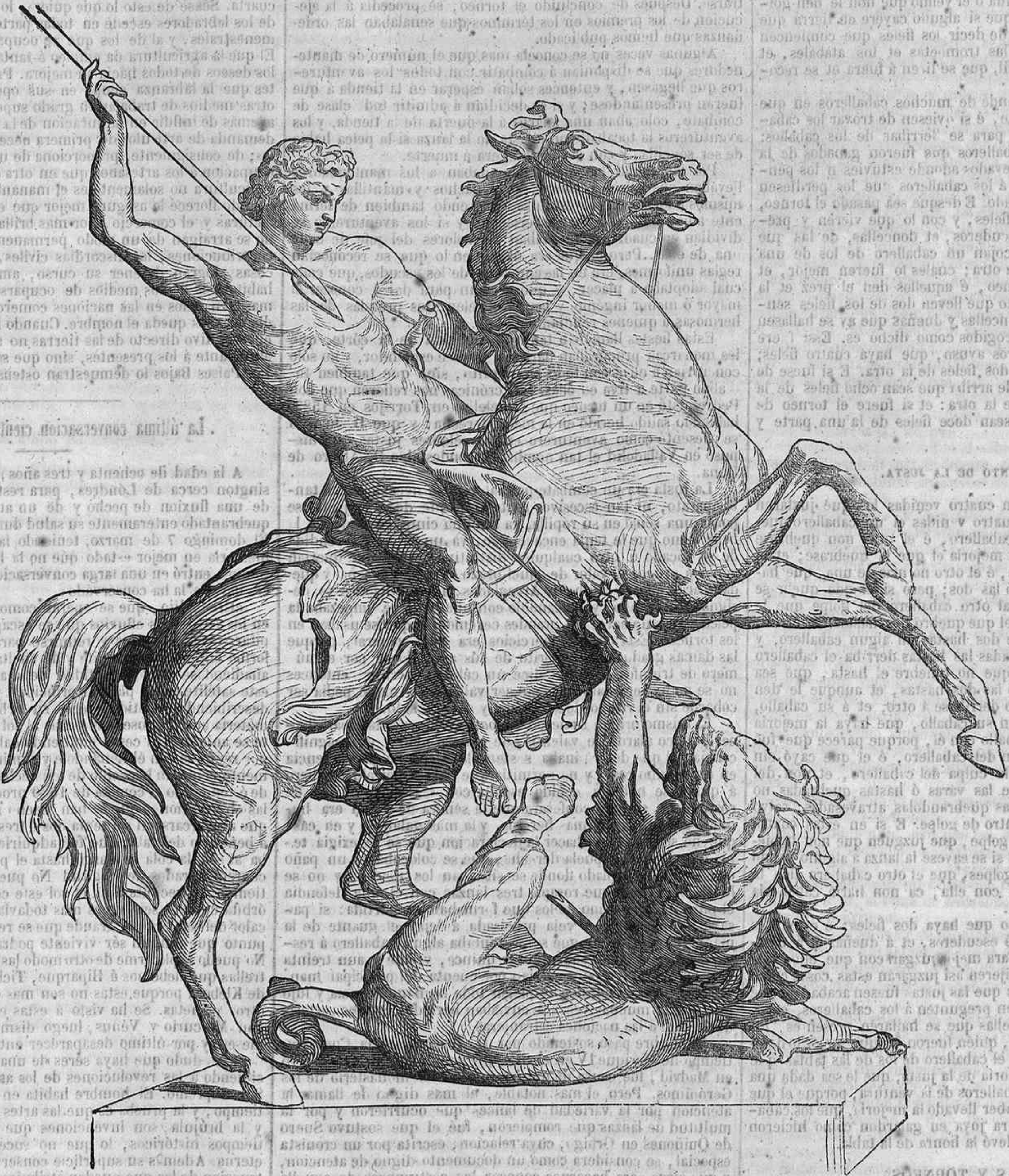
—Pues yo digo, replica Ordoño, que si Noé no hubiera venido al mundo, el mundo andaría mas arreglado...

—Calla, sándio, y no digas barbaridades. ¿Y por qué tienes esa necia ójeriza á mi bendito patron?

—Porque inventó el vino...

—¡Qué horror! ¡Sacrilego, calla, calla! exclaman todos los circunstantes escandalizados de las palabras de Ordoño

—Pues qué, sándio y mal intencionado que Lucifer confundida, dice Fortuño, ¿no te gusta por ventura el zumaque? ¿No has desocupado cuatro veces tu jarro esta noche?



La lucha con el leon: grupo colocado en la escalera del museo de Berlin. Obra del estatuario A. Wolf.

desnuda la espada para ayudarle, ó cuando menos para vengar su muerte.

—D. Lope, contestó el de Haro, vuestras palabras dicen que veis en mí un mal caballero, y mis obras van á demostraros que me juzgais harto mal. El señor de Bortedo, vuestra casa de Bilbao, todos vuestros estados, en fin, reclaman vuestros cuidados y vuestra presencia. Id á estableceros en ellos sin recelo de que nadie os inquiete, que así se vengan los de la casa de Haro.

—D. Lope, esc'amó el Sr. de Bortedo, no pudiendo creer que la generosidad de su enemigo llegase á tan alto extremo. — Sed mas generoso conmigo, dadme la muerte sin insultar antes mi desgracia, burlándoos de mí.

—Vos sí que sois poco generoso conmigo, pues me suponeis capaz de esa infame villanía, repuso el noble mancebo.

Y arrojando lejos de sí su espada y su daga, abrió los brazos y con ellos abiertos se dirigió al de Bortedo, añadiendo:

—Vedme aquí inerme, D. Lope! Un amigo es el que á vos se llega y no un enemigo; vengo á ofreceros mi amistad...

—¡Dios mio! exclamó Lope Sanchez asombrado. ¡Vuestra amistad, D. Lope! ¡Con qué podré corresponder á ella!

—Cierto que me gusta el vino, mas no por eso dejo de conocer que el vino es la perdición de medio mundo, bi n así como las hembras lo son del otro medio.

—¡Por Jesucristo, exclamó Fortuño cada vez mas irritado dando otra puñada en la mesa, que te he de casar las liendres esta noche si á mas de calumniar al zumaque das en la flor de calumniar á las hembras! Ciertó, Ordoño, que si no debieras hablar mal de ellas delante de nadie, mucho menos delante de mí, que como todos sabeis voy á casarme, y si tuviera tan poco seso como tú ti nes pudiera tornar atrás de tau honrado propósito.

—Ese, dijo Martin, pequeño mal seria, porque tengo para mí que poco has de ganar dejando la ballesta para tomar la azada.

—No, sino que ganaré mucho, amigos, que en Salcedo vivire tranquilo y regalado y cuidado por Sancha, que la vida del soldado me cansa ya á maravilla.

—Ya que no por tu interés, replicó el escudero, debieras seguir tu oficio de soldado por ley á nuestro amo y señor.

—A ley á nuestro amo nadie me gana; pero como nuestro amo no há menester ya mi ballesta como hasta aquí, dejad que cumpla la palabra que empené á la honrada doncella por quien muero de amores. Desleal es el servidor que á su señor abandona cuando le ve desgraciado, mas no así cuando le ve feliz.

—¡Feliz nuestro amo y señor! murmuró Martin con una sonrisa que espresaba incredulidad.

—Será posible que no lo sea cuando de grado ha otorgado la mano de doña Sancha á mi señor, que no se la exigia? preguntó Ordoño.

—Ya sabeis, contestó Martin, que nunca habia podido tolerar D. Lope Sanchez que hombre que él no fuese amase á doña Sancha.

—Ciertó.

—Mas como el agradecimiento sea en él tan estremado como el rencor, y tal que á veces se sobrepone á todas sus pasiones, incluso su amor á su hija, en un arranque de gratitud quiso premiar la generosidad del de Haro con lo que mas amaba en este mundo, con la mano de doña Sancha, y cuando él empena su palabra perdiera cien vidas primero que faltar á ella. Conforme se han ido acercando las bodas de doña Sancha, ha ido tornándose triste y caviloso, bien que sin querer revelar á nadie la causa de su melancolía, que tengo para mí ha de ser la idea de ver á otro hombre ocupar un lugar privilegiado en el corazon de su hija, que él quisiera ocupar por entero.

—Ciertó, dijo Ordoño, que no de otra cosa debe provenir su tristeza. Ya sabeis que mi señor el de Haro fué á la corte á ver á su padre D. Diego, á quien el rey tiene á su lado prodigándole honras y mercedes que le indemnican de las persecuciones y destierro que ha sufrido.

—Sí, y supongo que iria á tratar con él de cosas de la boda?

—A eso mismo fué, como vereis. Cuando torrábamos de la corte salió D. Lope Sanchez á nuestro encuentro en Ordunte.

«D. Lope, le dijo mi señor así que le vió, mi padre se considera muy honrado con que su casa emparente con la vuestra. Aí, pues, ya que nada se pone á mi union con Sancha, aprestemos el instante en que comience mi dicha.»

—Mi señor se hallaba harto turbado por su felicidad para que pudiese observar el efecto que en el de Barrondo producian sus palabras; mas yo, que contemplaba sereno á ambos, noté que la palidez de un muerto cubrió el rostro de D. Lope Sanchez y que todo su cuerpo se estremeció; el de Barrondo procuró al parecer sobreponeerse á quella turbacion, y contestó despues de vacilar un momento:

«D. Lope, vamos á mi castillo y cúmplanse cuanto antes vuestros deseos.»



Diez y ocho años despues. — ¡Mi hijo! ¡Hijo de mi vida!

Diez y ocho años despues. — No he venido á pedir os dinero, sino el honor de mi hija.

—¡Pobre señor mio! escamó Fortuño enjugando una lágrima, porque ya sabemos que el bueno del ballestero era sobremanera susceptible cuando tenia en el cuerpo un buen jarro de vino. Los tormentos del infierno serán tortas y pan pintado en comparación de los que habrá sufrido hoy y estará sufriendo esta noche en que todos se solazan en el castillo.

En efecto, todos se solazaban en el castillo de Bortedo. Sus salones estaban henchidos de damas y caballeros que habian acudido á aquellas bodas, no solo del Señorío de Vizcaya, sino tambien de Castilla. Los bai es a ternaban con el canto de los trovadores, que ya en aquella época vagaban de castillo en castillo cantando la hermosura y el valor, libres y alegres como los pájaros, sin mas ambición que la de ver adornada su gorra con la cigarra de oro, ni mas riqueza que su laud.

Sancha y su esposo, algo apartados de los concurrentes al sarao, departian amorosamente pintando con dorados colores el porvenir. Contemplábalos no á mucha distancia el señor de Bortedo, y sus ojos ora espresaban la ira fijos en el jóven de Haro, ora el amor al fijarse en la desposada.

Lope Sanchez exhaló de repente un sordo grito de desesperacion que puso espanto á todos los concurrentes, y abrazando á su hija con inmensa violencia, exclamó: «¡Sancha! ¡Sancha mia! ¡hija de mi corazon!... ¡Te he perdido para siempre!... ¡He perdido mi dicha, mi tesoro, mi gloria, mi vida!... ¡Pero no, no te he perdido aun, que en la tierra, ni en el cielo, ni en el infierno habrá poder que baste á separarte de mi lado!... ¡Aparta! aparta, ruin villano, mal caballero, que á un pobre padre quieres arrebatat toda la felicidad que Dios le ha dejado en este mundo.»

Y así diciendo el señor de Bortedo estrechaba en sus brazos y devoraba con sus besos é inundaba con sus lágrimas á su hija, sin que los esfuerzos de los que presentes estaban bastaran á calmar su delirio, hasta que, debilitadas sus fuerzas y turbados sus sentidos, cayó al suelo como muerto, derribando en su caída á Sancha que, como él, quedó privada de conocimiento.

«¡Esta loco! ¡esta loco!» murmuraron todos los concurrentes aterrizados.

A la mañana siguiente Lope Sanchez de Barrondo habia recordado el juicio que durante algunas horas le abandonara, y demandaba perdon de su locura á su hija y al de Haro y los tres se confundian en un abrazo.

XXVIII.

REQUIESCAT IN PACE.

Era un disanto á la caída del sol, y por mas señas á mediados del verano, pues las ramas de los árboles se desgajaban con el peso de la fruta en las fértiles riberas del Cadagua.

En el valle de Salcedo, á mano derecha del río, comó quien sube de Bilbao, haba una iglesia, algunas casas solariegas y una venta.

En el susodicho disanto se solazaban allí los moradores del contorno, quiénes bailaban en el campo cabe la iglesia, quiénes rezando en esta, quiénes jugando la pelota ó la barra, quiénes, en fin, empinando el codo bajo el arral que entolaba la portalada de la venta.

De estos últimos era un jayán de hasta unos treinta y cuatro años, que cuantas veces alzaba el jarro miraba á todas partes como si temiera ser visto. Prestemos avizor oído á sus palabras si queremos conocerle, pues por el cabo se saca la madeja.

—A cristiano, dice, ni el bendito Noé me gana; mas tiéneme contristado la resolucion de mi buen amo el de Bortedo. ¡El! ¡el caballero mas valiente de penas abajo trocar la espada por el rosario, cuando tanto perro pagano combate la ley de Jesucristo!...





miento viene siempre á domeñar los brios del que se considera mas fuerte para luchar ventajosamente con los demás; esto cabalmente aconteció con un estúpido lacayo que al percibir á nuestro infeliz, se acordó sin disputa de que la fuerza que impera hace muchos siglos en el espacio podría ponerla en accion con este sér débil y enfermizo que tenia hambre y pedía pan con que satisfacer su necesidad...

Empero ese achoso cruzó los brazos y esperó con semblante sereno que una verdadera furia, emanada del averno, se aproximara hasta él.

Un elocuente silencio sucede á los pasos precipitados que un servicial doméstico diera para reprimir tanta audacia, mas este hombre se aplaca y la conseracion ocupa el vacío que deja el oído mas sistemático.

Loco despues nuestro personaje fija su turbada vista en el cielo cual si le demandara un consuelo, y apoyado en su báculo, murmurando una plegaria, se ausenta.

Mas tarde se atraviesa en una acera y con tono suplicante se postra ante un maguete, y este encopetado señor que afecta ser caritativo y religioso, le arroja desdeñosamente una moneda.

El mendigo la recoge y la besa sin afectacion de ningún género, á pesar de que el rubor colora su mejilla.

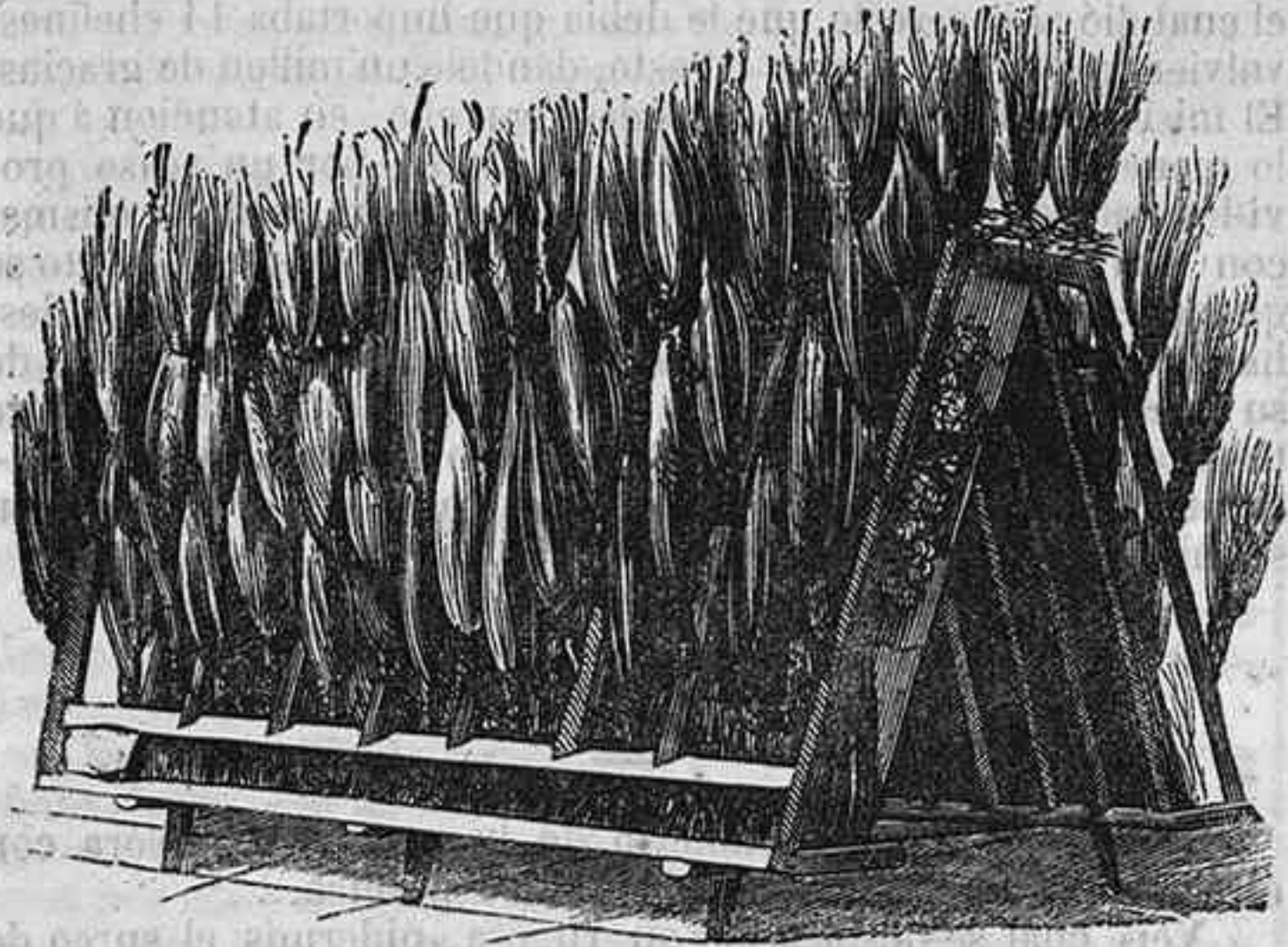
Así pasan los dias y ve trascurrir los años este decrepito ser.

Y aunque la doctrina del Crucificado fortifica su espíritu, sin embargo de esto su corazón padece, y todo su conjunto se resiente.

El parasismo de las pasiones sucede á la meditacion, y no será extraño que la calma del sepulcro venga á reemplazar su ansiedad.

Cansado de buscar al traves de un tan incomprensible como insondable arcano el providencial misterio que oculta su destino, permanece acurrucado en un oscuro rincón, contemplando desde un lóbrego recinto las sinuosidades que ofrece el mundo.

Solo, sin padre, parientes ni amigos, sin afecciones de ningún género, rendido por el cansancio y acosado por el remordimiento, lucha con las sombras de una muerte inevitable y cierta.



Nuevo caballete para cebar y hacer el capullo los gusanos de seda.

Ya se refleja en su cárdeno semblante y vidriosa pupila el signo precursor de la agonia.

Ya balbucea palabras entrecortadas y la vista se turba y debilita por instantes.

Ya por fin se dilata espantosamente, dirige una mirada en su derredor, y en medio de una oscuridad profunda espira.

Un miserable jergon de terlizte retiene... mugrientos harapos ocultan u contornos... la estancia que lo cobija yace infesada... la deleznable humanidad no se aproxima á su lecho... y sus párpados que permanecen entreabiertos ofrecen el aspecto de una repugnante visualidad.

Mientras que esta revolucion ha operado, la Providencia ha recogido su espíritu y su huella se ha estinguido ya.

En el monstruoso escenario del mundo no merecen un señalamiento luzar episodios de este género, puesto que la muerte de un hombre es una cosa harto insignificante para que la multitud la deplora.

J. DALMAU.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

III.

Despues de haber llevado el niño á una aldeana de las inmediaciones que podia criarle, Bradsh volvió inmediatamente á su casa.

En vano pensó y volvió á pensar sobre aquel suceso tan inexplicable: no veia ni un rayo de luz, ni una sola idea medio probable y que pudiera iluminar algo el dédalo en que se pedia.

Visto que discuriendo sobre ello era imposible sacar nada en limpio, se determinó á presentarse en la casita donde aquel suceso habia tenido lugar, y ver si con maña ó con dinero lograba saber algo: de allí iria á casa de su hermano el cura, y con los antecedentes que pudiera reunir y entre los dos, ya era mas fácil poder descubrir el tenebroso enigma.

Despues de haberlo avisado así al ama de gobierno que en su casa tenia, entró en la habitacion de las muchachas.

Estaban estas sentadas juntas meditando y discuriendo, no sobre el origen y procedencia del niño que nada les importaba sino sobre el porvenir quando aquel niño hablase y pudiese juzgar con ellas.

—Tened juicio, dijo el médico al despedirse.

—¿Te marchas? preguntó Wihelmina.

—Voy á casa de tu tio.

—¿Y el niño?

—Vosotras tendreis cuidado de él si Marta le trae.

Quedáronse las niñas conformes con la idea de que el niño iba á venir y ya regocijándose de los besos que le darian, y Bradsh se encaminó á la casa donde habia estado la noche anterior.

En vano cuando llegó llamó no una sino cien veces: la casa estaba herméticamente cerrada y parecia que allí no habia habitado nadie.

Cansóse en llamar repetidas veces ya á las puertas, ya á las ventanas sin que nadie le contestara y sin que se oyera otro



Nuevos cierres para objetos de adorno, inventados por Mr. Ruez de Lóndres.

ruido que el eco de sus golpes, cuando acertó á pasar por allí un aldeano á quien el médico conocia como á todos.

—Es inútil que os conseis en llamar, señor William, porque hace muchos años que esa casa está desierta, dijo aquel.

—¿Estás seguro? preguntó Bradsh, que creia ver en todo un misterio.

—Paso por delante dos veces todos los dias y nunca he encontrado gente en ella; siempre están cerradas puertas y ventanas.

—¿Qué será esto? dijo el médico en su interior; ahora me lo esplico menos.

—Dios os guade, dijo el aldeano echando á andar.

—El te guie, contestó Bradsh, y alejándose de aquel sitio se encaminó á casa de su hermano.

IV.

El cura no sabia nada; aun no habia llegado á sus oidos el suceso misterioso que tanto y con tanta razon habia preocupado á William.

Oyóle con admiracion, y despues de asegurar á su hermano que en la casa aquella no habitaba nadie le preguntó:

—¿Y no has visto á nadie mas que al aldeano que te fué á avisar y á la mujer que te recibió?

—A nadie mas, y tengo mis sospechas de que el tal aldeano no era lo que parecia.

—¿Por qué? preguntó el cura creyendo sacar de esto una gran luz para descubrir el secreto.

—Porque las frases y las cosas que me ha dicho no hubiera podido discurrirlas él solo.

—¿Y si la leccion estaba bien estudiada?

—Imposible; se hubiera conocido.

—¿Y tú no le has vuelto á ver?

—No: se conoce que él fué quien llevó el niño á mi casa para que lo encontrara á la vuelta, y estaba todo tan bien calculado, que cuando él me acompañó me llevó por el camino mas largo, sin duda para tener luego tiempo de llegar por el mas corto antes que yo.

—Efectivamente es una cosa rara, dijo el cura que ya habia perdido toda esperanza de averiguar mas.

—Y á mí me ha hecho mucho mas efecto del que debiera, porque recordé que hace diez y ocho años fui parte interesada en igual asunto.

—Es cierto; ¡pobre Fanny!

—Solo que yo tuve peor suerte y la pobre madre de Fanny murió en el lance.

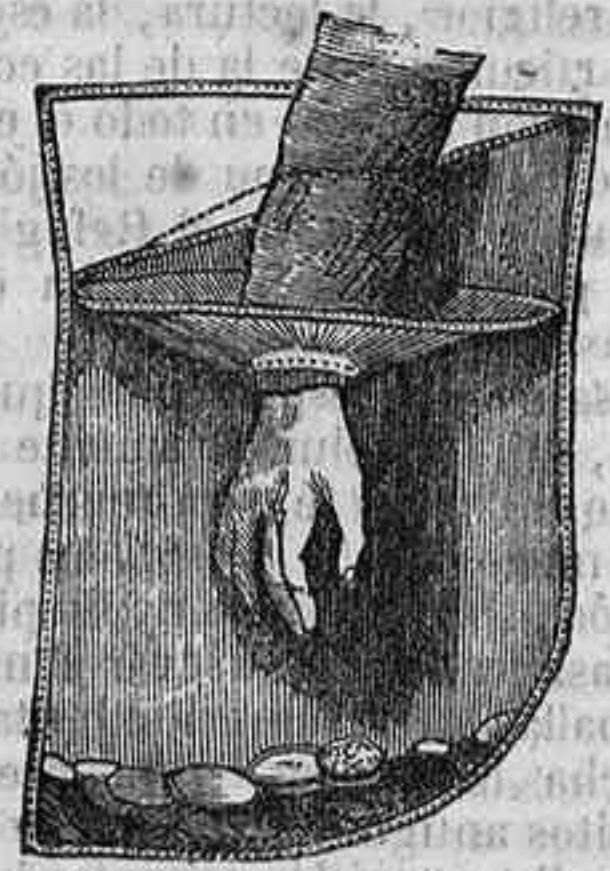
—Pero te quedó esa pobre niña que vale mucho, William, y que es digna de mejor posicion.

—Pobrecilla, dijo el médico enjugándose una lágrima; llámala, hoy no la he visto.

Tiró el cura del cordon de una campanilla, y al criado que se presentó le mandó á buscar á la señorita Fanny.

—Tampoco yo la he visto desde ayer, dijo el sacerdote.

Volvió el criado mudo de asombro diciendo: No está en casa.



Medio de seguridad contra el escamoteo, inventado por Mr. James.

—¿Y cómo ha salido sin mi consentimiento? preguntó el cura algun tanto azorado.

—No sé, señor, repuso el criado.

—Llama á miss Clara.

Miss Clara entró diciendo: No está, señor.

Levantáronse el médico y el cura y salieron á buscarla por todas partes. Fanny no pareció ni en su cuarto, ni en el jardin que ella cultivaba y en el que puede decirse pasaba la mitad de su vida; tampoco pudieron dar razon de ella los vecinos; ninguno la habia visto, nadie sabia de ella.

William se volvia loco; Fanny, su hija, el fruto del mas desgraciado de los amores, la pobre niña que ignoraba quiénes fueran sus padres habia salido sola á la desbandada, sin decir por qué, sin decir dónde iba.

Jhon por su parte se lo esplicaba aun menos; Fanny que no acostumbraba á moverse de su casa, que no salia nunca sin su consentimiento, hacia veinicuatro horas que faltaba de ella sin que nadie lo hubiese notado, sin que nadie pudiera esplicarse el suceso.

—Pero esto es terrible, dijo el médico rompiendo el primero el silencio.

—¿Qué serie de acontecimientos y todos tan inexplicables! añadió el cura lleno de a-ombro y sin saber qué explicacion dar.

—¿Y no han notado Vds. que se habia ido hasta ahora? preguntó William dirigiéndose á todos los que habia en la casa.

—No señor, contestó miss Clara; como acostumbraba á pasarse los dias enteros en su cuarto y en el jardin, y ayer comió á la mesa...

—Y por señas que comió poco, dijo el cura.

—¿Luego la causa de su fuga es alguna pena grande?

—No sé, mi querido William, ni podria atribuirlo á suceso ninguno en medio de la paz en que vivimos.

—Algun raptó, dijo el médico creyendo haber encontrado la verdad del hecho.

—La señorita no tenia novio, contestó miss Clara.

—Entonces no me lo esplico, volvió á decir el médico, que efectivamente era el mas a-ombrado.

—¿Y hubiese ido á casa de Vd.? dijo miss Clara, que creia que aquello podia ser.

—Quizás, dijo el cura con aplomo.

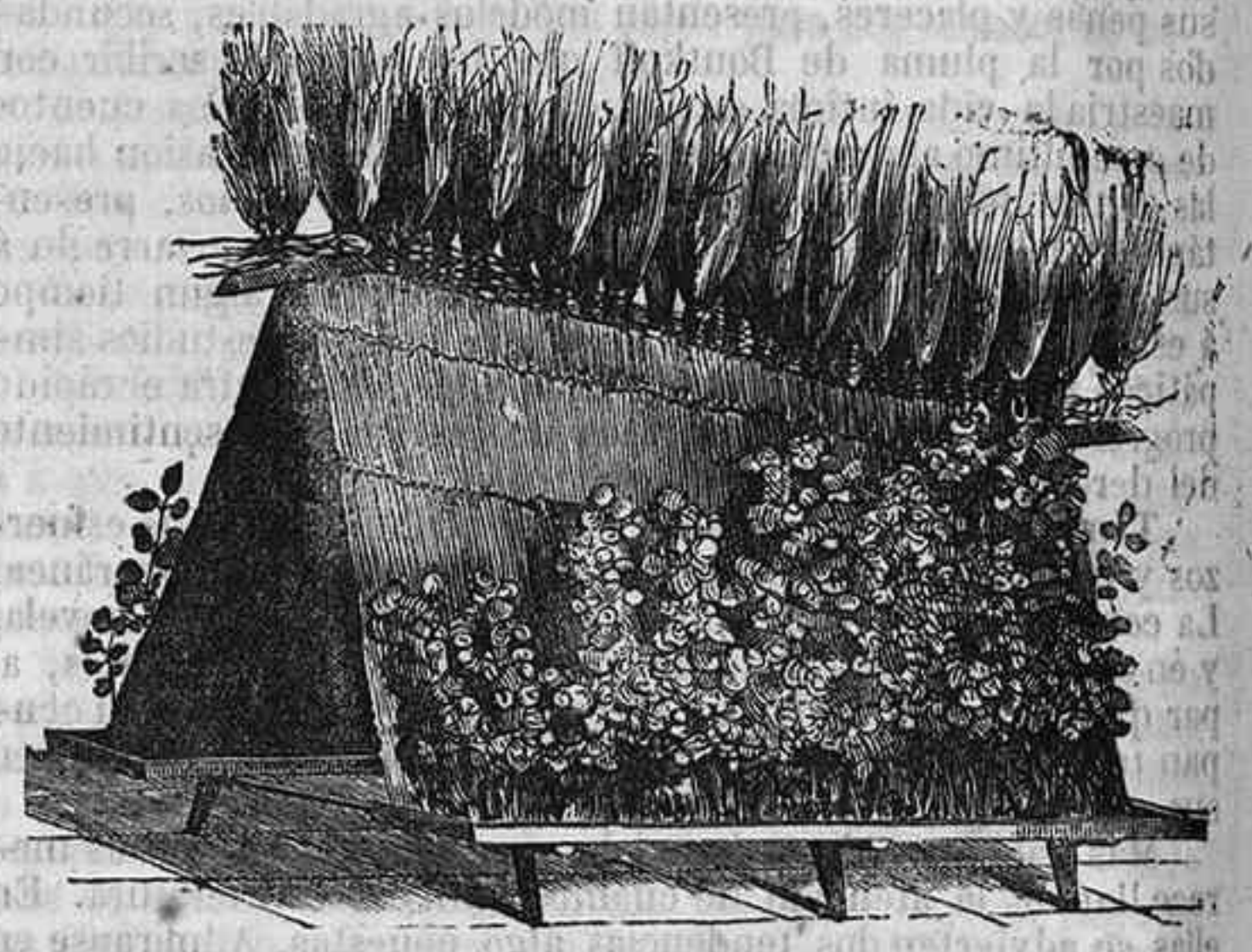
Duló un poco el médico; pero como no tenia motivos para desechar la idea, cogió su sombrero y se dirigió apresuradamente á su casa.

Fanny no habia ido.

Las dos niñas estaban solas sentadas juntas en un rincón de la sala.

Cuando su padre preguntó por ella le dijeron que no la habian visto.

William se devanaba los sesos; ya aquello no podia tener



Nuevo caballete para cebar y hacer el capullo los gusanos de seda.

esplicacion; la serie de hechos que se habian venido repitiendo en dos dias le asombraba; William se hubiera vuelto loco; el dia y la noche que pasó fueron horribles.

V.

Bien temprano era al dia siguiente cuando el cura todo azorado y con los ojos cubiertos de lágrimas se presentó en casa de su hermano.

—¿Qué desgracia la nuestra! le dijo echándose á llorar.

—¿Pues qué sucede? preguntó el médico.

—Ya lo sé todo, mi querido William, y ojalá que no lo hubiéramos sabido nunca.

—Habla, habla, dijo azorado su hermano.

—Lee, le contestó el cura alargándole una carta.

William la cogió trémulo, la abrió y se puso á leerla.

La carta decia así:

«Mi querido padre adoptivo: Perdonadme, tened compasion de vuestra hija que débil, sola y sin madre ha escuchado las lisonjeras palabras de un hombre y se ha dejado seducir olvidando por un amor culpable vuestras paternales caricias, el decoro de su sexo.

Sé lo que mi confesion os dolerá, sé que lágrimas de amargura bañarán vuestros ojos; pero mi desgracia es mucho mas grande de lo que podeis creer.

Me han robado mi hijo, se le han llevado de mi lado no sé dónde, sin haberme dejado darle un beso, sin que yo le haya visto una sola vez. Pob e hijo mio, á quien busco azorada por todas partes sin encontrarle; perdonadme, perdonadme, me han engañado.

FANNY.»

—Pobre niña, dijo el cura.

—Hija mia, murmuró el doctor.

—A los 18 años.

—Justamente, hoy hace 18 años que murió su pobre madre, á quien yo habia seducido. Dios mio, tened piedad de mí, dijo el médico, y cayó de rodillas sobre el pavimento.

—La buscaremos, repuso el cura.

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 326.

Por la caridad entra la peste.

Impreso en las prensas mecánicas de vapor de LA ILUSTRACION y LAS NOVEDADES, calle del Barco, núm. 2.